

XIII

MARTE Y VENUS

Apenas hubo salido la señora de Coligny, que cada uno, sospechando que había sucedido algo extraordinario, preguntó:

—¿Pero qué tenía esa señora?

—Preguntádselo á M. de Joinville, respondió la reina.

—¿Cómo! ¿á vos? preguntó el cardenal de Lorena.

—Hablad, príncipe, hablad, dijeron todas las mujeres.

—Es que yo no sé todavía qué deciros, respondió el príncipe; pero, añadió sacando el billete de su bolsillo, aquí tenéis quién va á contestar por mí.

—¡Un billete! dijeron todos.

—Y un billete tibio, perfumado.

—¡Oh! príncipe, ¿de qué bolsillo ha salido?

—Adivínadlo.

—No, decidlo vos.

—Del bolsillo de nuestra severa enemiga la esposa del almirante de Coligny.

—¡Ah! dijo Catalina, he aquí por qué me haciais señas para que la dejase marchar.

—Como que, y perdonad mi indiscreción, tenía deseos de saber lo que encerraba este billete.

—¿Y le habéis leído?

—He pensado que sería faltar al respeto debido á Vuestra majestad leerle antes que vos.

—Entonces, dadme, príncipe.

M. de Joinville entregó respetuosamente el papel á la reina.

Todo el mundo rodeó á Catalina, porque la curiosidad estaba excitada en grado superlativo y ésta hacía olvidar el respeto.

—Señoras, dijo Catalina: tal vez en esta carta se encierre algún secreto de familia. Dejadme que me entere, y os prometo que si puede leerse en voz alta no os privaré de la alegría de escuchar su contenido.

Todos se separaron y la reina pudo leer el billete.

M. de Joinville seguía lleno de ansiedad la expresión del semblante de la reina conforme iba leyendo. Y cuando hubo concluido, exclamó:

—Señoras, la reina va á leer.

—Vais muy de prisa, príncipe, repuso Catalina. No sé si tengo derecho para revelar de este modo los secretos amorosos de mi buena amiga.

—¿Pero es realmente un billete de amor? preguntó el duque de Guisa.

—Vos mismo juzgaréis. Por mi parte, dudo respecto á lo que he leído.

—¿Y es por eso por lo que vais á volver á leerlo? preguntó el príncipe lleno de impaciencia.

—Escuchad, dijo Catalina.

El mayor silencio reinó entonces, pudiéndose decir que ni aun se sentía la respiración de las personas allí reunidas.

La reina leyó:

«No dejéis, amor mío, de ir mañana, á la una de la madrugada, á la cámara de las Metamorfosis. La que nos reunimos la pasada noche está demasiado cerca de las habitaciones de las dos reinas. Nuestra confidente cuidará de que esté entornada la puerta.»

Una exclamación de sorpresa siguió á la terminación de la lectura.

Era una cita, una cita en toda regla, una cita dada á aquella dama, puesto que de su bolsillo se había caído el papel.

De modo que la visita hecha por la esposa del almirante aquella noche á la reina había sido únicamente un pretexto, pues estando su cuñado de guardia, sin duda contaría con él para salir de palacio cuando quisiera.

Pero ¿quién podría ser el amante?

Se pasó revista á todos los amigos del almirante; pero la señora de Coligny vivía tan retirada que no se sabía en quién fijarse.

Hubo quien creyó que este amante fuese el mismo Dandelot, su cuñado, que á tal punto llegaba la suposición en aquella corte corrompida.

—Pero si hay un medio muy fácil de saberlo, dijo el duque de Guisa.

—¿Cuál? ¿cuál? preguntaron todos.

—¿Es la cita para esta noche?

—Se supone, repuso Catalina.

—¿En la cámara de las Metamorfosis?

—Sí.

—Pues bien, hagamos con los dos amantes lo que los dioses del Olimpo hicieron con Venus y Marte.

—¿Visitarlos durante su sueño? dijo M. de Joinville.

Las señoras se miraron.

Sentían vivísimos deseos por admitir la proposición y la hubieran aplaudido con entusiasmo, pero no se atrevieron á manifestarlo.

Eran las doce y media, y una media hora de meditación se pasa muy pronto.

Nadie tenía más deseos que Catalina de realizar aquella idea de coger á su querida amiga la señora de Coligny *in fraganti delito*.

Por fin sonó la una; todos palmotearon de alegría, lo que demostraba la impaciencia con que aquella hora se esperaba.

—Vamos en marcha, dijo el príncipe de Joinville.

Pero el mariscal de Saint-André le detuvo.

—¡Oh! ¡qué juventud tan imprudente! dijo.

—¿Tenéis alguna observación que hacer? preguntó el príncipe de La Roche-sur-Yon.

—Sí, señor.

—En ese caso escuchadla religiosamente, dijo Catalina. Nuestro amigo el mariscal tiene una gran experiencia en todo, pero particularmente en esos asuntos.

—He aquí, añadió el mariscal, lo que quiero decir para calmar un poco la impaciencia de mi querido yerno M. de Joinville. Sucede muchas veces que no se encuentra uno á la hora precisa en la cita concertada, y si llegamos dema-

siado pronto, nuestro designio correría riesgo de abortar.
—Cierto.

Este prudente consejo del mariscal de Saint-André demostraba, como había dicho muy bien la reina Catalina, la experiencia que tenía en aquellos asuntos.

En su consecuencia se resolvió esperar media hora.

Pero una vez hubo pasado, era tal la impaciencia, que cualquier observación que hubiera podido hacer el mariscal no se habría escuchado.

Pero no hizo ninguna, ya fuera porque comprendiese su inutilidad, ya porque juzgaba suficiente el tiempo transcurrido.

Prometió á la alegre concurrencia acompañarla hasta la puerta, y una vez allí esperar el resultado.

Se convino también en que la reina madre se acostaría y el príncipe de Joinville iría á darle cuenta de todo lo que había pasado.

Todas estas formalidades terminadas, cada uno tomó una bujía, exceptuando el joven duque de Montpensier y el príncipe de La Roche-sur-Yon que tomaron dos, y el cortejo, con el duque de Guisa á la cabeza, se dirigió solemnemente hacia la sala de las Metamorfosis.

Una vez en la puerta, se detuvieron y cada uno aplicó el oído á la cerradura.

Pero no se escuchaba el menor rumor.

Se recordó entonces que por aquel lado había una antecámara para llegar á la sala indicada.

El mariscal de Saint-André empujó la puerta, pero ésta resistió.

—¡Diablo! dijo, no habíamos pensado en esto; la puerta está cerrada por dentro.

—Hagamos saltar la cerradura, dijeron los príncipes.

—Cuidado, señores, repuso M. de Guisa, que estamos en el Louvre.

—Sí, respondió el príncipe de La Roche-sur-Yon, pero también nosotros somos del Louvre.

—Cuidado, señores, insistió el duque, venimos á sorprenden un escándalo, no le justifiquemos nosotros con otro nuevo.

—Es verdad, dijo Brantome, y el consejo es bueno. Yo he conocido una honrada y bella dama...

—M. de Brantome, dijo riendo el príncipe de Joinville,

en este momento estamos aquí haciendo historia y no hay necesidad de que nos contéis otra. Buscad un medio para entrar y será un capítulo más que podréis añadir á vuestras *Damas galantes*.

—Pues bien, repuso Brantome, haced como se hace en la habitación del rey, tocad suavemente á la puerta y tal vez se abrirá.

—M. de Brantome tiene razón, dijo el príncipe; llamad, suegro, llamad.

El mariscal de Saint-André llamó suavemente á la puerta.

Un criado que velaba, ó mejor dicho, que dormía en la antecámara y que no había oído nada del anterior diálogo, que como se comprende se sostuvo á media voz, se despertó, y creyendo que era Lanoue que iba á buscar á la señorita de Saint-André como acostumbraba, entreabrió la puerta, y frotándose los ojos preguntó:

—¿Quién es?

El mariscal de Saint-André se ocultó á un lado de la puerta y el ayuda de cámara se encontró frente á frente del duque de Guisa.

Al ver todas aquellas luces, aquellos señores, aquellas damas, aquellos ojos que reían y aquellos labios que murmuraban, llegó á creer que se trataba de una sorpresa y quiso cerrar la puerta.

Pero el duque de Guisa había puesto ya un pie en la antecámara, como verdadero tomador de ciudades que era, y la puerta tropezó contra el cuero de su bota.

El criado empujaba con todas sus fuerzas.

—¡Hola, tunante! dijo el duque, ¡abre esa puerta!

—Pero monseñor, dijo el pobre diablo temblando, tengo órdenes terminantes...

—Conozco tus órdenes, repuso el de Guisa, pero conozco también el secreto de lo que ocurre y es por el servicio del rey y con su asentimiento por lo que queremos entrar estos señores y yo.

Y hubiera podido añadir *estas damas*, porque cinco ó seis señoras curiosas y riéndose de antemano formaban parte del cortejo.

El ayuda de cámara que, como todo el mundo, sabía el imperio que M. de Guisa tenía en la corte, creyó, en efecto, que se trataba de algo convenido entre el duque y el rey, y abrió la puerta de la antecámara, después la de la sala de

las Metamorfosis, poniéndose de puntillas para ver si podía sorprender alguna cosa de la escena que iba á pasar.

Aquello no fué una entrada, fué una irrupción.

La ola se precipitó en la cámara como una marea que sube, y

.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, M.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIV

DONDE M. DE JOINVILLE SE VE OBLIGADO Á REFERIR

SU DESVENTURA

—Creo, monseñor, dijo Roberto Stuart saliendo el primero de su escondite, que no tenéis motivos para elogiar á Su majestad, y que si no os concede el perdón de Anne Dubourg no podréis oponer á mi proyecto ningún argumento poderoso.

—Os engañáis, caballero, dijo el príncipe de Condé saliendo por el lado opuesto; aun cuando me haya insultado gravemente, el rey es siempre el rey y yo no sabría vengar en el jefe de la nación una injuria personal.

—¿Pero lo que acaba de pasar no modifica en manera alguna la promesa que acabáis de hacerme, monseñor?

—Os he prometido pedir al rey el perdón del consejero y hoy á las ocho de la mañana estaré en el Louvre para pedir esa gracia.

—Pero, francamente, monseñor, ¿creéis que os será otorgada?

—Caballero, respondió con una dignidad suprema el príncipe, si no estuviera casi seguro de obtenerla, estad cierto que no me tomaría la pena de demandarla.

—Sea, murmuró Roberto con un gesto que indicaba que no participaba de la misma confianza. Dentro de algunas horas será de día, y veremos.

—Entretanto, caballero, dijo el príncipe mirando á su alrededor, es necesario que nos marchemos con prontitud

y destreza. Gracias á vuestras dos cartas y á la manera un poco insólita con que las hicisteis llegar á su destino, las puertas del Louvre están guardadas como si se tratara de un sitio, y creo que os será difícil, sobre todo con el uniforme que lleváis, salir de aquí antes de mañana. Os ruego que tengáis presente que llevándoos conmigo os saco á vos y á vuestro amigo de un mal paso.

—Monseñor, yo no olvido ni el bien ni el mal.

—No os digo esto para reclamar vuestro reconocimiento, sino para demostraros que con dejaros abandonado aquí únicamente quedaba libre de mi juramento sin haber sido forzado para ello.

—Demasiado conozco la lealtad del señor príncipe de Condé, respondió el joven profundamente emocionado, y creo que tampoco tendréis motivo para quejaros de la mía. Desde hoy os pertenezco en cuerpo y alma. Obtend la gracia de mi padre y no tendréis otro servidor como yo dispuesto á morir por vos.

—Os creo, caballero, respondió el príncipe, y aun cuando la causa de vuestro encuentro y la manera de verificarse éste sean de las más singulares, no os he de ocultar que, en virtud del hecho que tratábais de realizar, siento por vos, por reprehensible que sea para toda persona honrada, una cierta indulgencia que llega hasta la simpatía. Únicamente desearía que me dijeseis una cosa: ¿cómo teniendo un nombre escocés decís que el consejero Anne Dubourg es vuestro padre?

—Es muy sencillo, señor; tan sencillo como todas las historias de amor. Hace veintidós años que el consejero Dubourg, que sólo tenía veintiocho, hizo un viaje á Escocia para ver á su amigo John Knox. Allí conoció á una joven, hija de Lothian. Esta fué mi madre. A su regreso á París únicamente fué cuando supo que aquella joven estaba en cinta, y como que jamás había dudado de su virtud, me reconoció por su hijo y recomendó á John Knox el niño que aquella dió á luz.

—Perfectamente, caballero, dijo el príncipe de Condé. Ya sé todo lo que quería saber. Ahora ocupémonos de nuestra salida.

El príncipe se adelantó el primero y entreabrió la puerta de la sala. El corredor estaba oscuro y solitario y los dos avanzaron con cierta seguridad.

Una vez en la puerta del Louvre, el príncipe puso su capa sobre los hombros del escocés y mandó llamar á Dandelot.

Una vez que éste hubo llegado, en cuatro palabras le puso el príncipe al corriente de lo ocurrido entre el rey, la señorita de Saint-André y los inoportunos visitantes que habían ido á despertarles de su sueño. En cuanto á Roberto Stuart, únicamente le dijo:

—Este caballero viene conmigo.

Dandelot comprendió la necesidad que había para Condé de alejarse cuanto antes del Louvre, é hizo abrir una puerta particular, y el príncipe y su compañero se encontraron fuera.

Uno y otro ganaron rápidamente la orilla del río sin cruzar una sola palabra, lo que demostraba que comprendían perfectamente el peligro de que habían escapado.

Una vez bastante lejos del Louvre, el príncipe preguntó al escocés hacia dónde se dirigía.

—A la derecha, monseñor, respondió.

—Y yo á la izquierda, repuso Condé. Esta noche, á las diez, nos reuniremos delante de Saint-Germain-l'Auxerrois y espero poder daros buenas noticias.

—Gracias, monseñor, dijo el joven inclinándose respetuosamente, y permitid que os repita que desde ahora os pertenezco en cuerpo y alma.

Y cada uno marchó por su lado.

Eran las tres de la mañana.

En aquel mismo instante el príncipe de Joinville era introducido en la alcoba de Catalina de Médicis.

¿Cómo el joven príncipe entraba, bien á pesar suyo, á semejante hora en la cámara de la reina madre, y con qué derecho el sobrino usurpaba los privilegios de su tío?

Vamos á decirlo.

No era por su buena voluntad ni con el corazón alegre como llegaba el pobre príncipe.

He aquí lo que había pasado.

Recordaremos que la reina madre se quedó en su habitación anunciando que se iba á acostar y que esperaba á M. de Joinville, primer promotor de tanto escándalo, el cual iría á referirle lo que había pasado.

Lo que había pasado ya lo sabemos.

El príncipe de Joinville, profundamente afligido por lo que acababa de ver, era el menos dispuesto para historiar

una catástrofe en que su honor conyugal, aunque no se hubiese casado todavía, jugaba un papel tan triste.

Sin haber olvidado la promesa hecha, no se encontraba dispuesto á cumplirla.

Pero Catalina no pensaba lo mismo referente á este secreto desconocido. Se hizo desnudar por sus damas, se acostó, despidió á todo el mundo menos á su camarera de confianza, y esperó.

Sonaron las dos de la mañana y todavía no se había perdido el tiempo.

Pero pasó un cuarto de hora, media hora después y tres cuartos por fin.

Entonces no viendo aparecer ni al tío ni al sobrino perdió la paciencia, cogió el silbato de oro (1) que estaba al alcance de su mano, le hizo sonar, y un momento después se presentó su camarera, á quien dió orden de que buscara al príncipe de Joinville y que se lo condujera muerto ó vivo.

El príncipe estaba en gran conferencia con el duque de Guisa y el cardenal de Lorena, y no hay necesidad de decir que aquel consejo de familia decidía que el matrimonio entre el príncipe de Joinville y la señorita de Saint-André se había hecho completamente imposible.

Ante la orden de la reina madre el joven no tenía más remedio que obedecer. Dirigióse hacia la alcoba real con la cabeza baja y más baja la tenía todavía cuando llegó donde se le esperaba.

En cuanto al duque de Montpensier y del príncipe de La Roche-sur-Yon, se habían eclipsado durante el trayecto. Ya veremos después con qué intención lo hicieron.

Cada minuto que pasaba aumentaba la impaciencia de Catalina, y si por lo avanzado de la hora el sueño la asediaba, la idea de que iba á saber alguna buena aventura de su buena amiga la señora de Coligny la tenía despierta.

—¡Al fin está ahí! murmuró al escuchar el rumor de pasos que se aproximaban.

Y en cuanto el joven apareció, le dijo con voz algo alterada:

—Venid, señor de Joinville, hace más de una hora que os espero.

(1) La aplicación de la campanilla para llamar á los criados data de la época de madama de Maintenón.

El príncipe se aproximó al lecho balbuceando una excusa, en medio de la cual sólo pudo comprender la reina estas palabras:

—Perdóneme Vuestra majestad.

—No os perdonaré, *monsu* de Joinville, dijo la reina madre con su acento florentino, si vuestro relato no me divierte tanto como vuestra ausencia me ha enojado. Tomad un taburete y sentaos aquí cerca. Comprendo en vuestro aspecto que por allí han debido pasar cosas extraordinarias.

—Sí, murmuró el príncipe, y bien extraordinarias por cierto; tanto, que no podíamos esperarlas.

—Me alegro, me alegro, exclamó la reina frotándose las manos. Contádmelo todo sin omitir nada. Hace mucho tiempo que no he encontrado un objeto de alegría. ¡Ah, *monsu* de Joinville, se ríe una tan poco en la corte!..

—Es verdad, señora, respondió M. de Joinville con acento fúnebre.

—Pues bien, cuando la ocasión se presenta de divertirse un poco, continuó Catalina, es necesario no dejarla escapar. Empezad vuestra historia, os escucho y os prometo no perder ni una palabra.

Y en efecto, Catalina se acomodó en el lecho como quien toma anticipadamente sus medidas para no perder un detalle de la satisfacción que piensa disfrutar.

Hecho esto esperó.

Pero el relato era sumamente difícil para *monsu* de Joinville, como decía Catalina, así fué que permaneció silencioso.

La reina creyó que el joven estaba reuniendo sus ideas, pero al ver que el silencio continuaba, estiró el cuello y arrojó sobre él una mirada interrogadora.

—¿No empezáis? preguntó.

—Señora, respondió el príncipe, os aseguro que mi confusión es muy grande.

—¡Vuestra confusión! ¿por qué?

—Para contar á Vuestra majestad lo que he visto.

—¿Qué habéis visto, *monsu* de Joinville? Os juro que me volvéis loca de curiosidad. He esperado, es cierto, pero me parece que no he perdido nada por esperar. Veamos. ¿Era efectivamente para esta noche? porque ya recordaréis, querido *monsu* de Joinville, que el billete que me entregasteis decía "esta noche", pero no llevaba fecha.

- Era para esta noche, sí, señora, para esta noche.
- ¿De modo que estaban en la sala de las Metamorfosis?
- Sí, señora.
- ¿Los dos?
- Los dos.
- Siempre Marte y Venus. Y decidme, decidme, ya sé quién es Venus; pero Marte...
- Marte, señora...
- Sí, Marte; yo no sé quién es.
- No sé si debo decíroslo.
- ¿Cómo si debéis decírmelo? ¡Ya lo creo! Y si tenéis escrúpulos yo os relevo de ellos. Veamos, ese Marte ¿es joven ó viejo?
- Joven.
- ¿Bien formado?
- Ciertamente que lo es.
- ¿Persona de calidad sin duda?
- De primera calidad.
- ¿Qué me decís, *monsu* de Joinville? dijo la reina incorporándose.
- La verdad, señora.
- ¿Conque no es ningún paje, ciego é ignorante?
- No es un paje.
- De modo que ese joven atrevido, dijo Catalina, no pudiendo resistir al deseo del sarcasmo, ese valiente joven ocupa un rango en la corte.
- Sí, señora, y muy alto.
- ¿Muy alto? Por Dios, *monsu* de Joinville, hablad de una vez; os estoy sacando las palabras como si se tratara de un secreto de estado.
- Efectivamente de un secreto de estado se trata, repuso el príncipe.
- Entonces, *monsu* de Joinville, no es un ruego el que os dirijo, es una orden la que os doy. Decidme el nombre de ese personaje.
- ¿Lo queréis?
- Lo quiero.
- Pues bien, señora, dijo el príncipe levantando la cabeza, ese personaje, como le habéis llamado, es Su majestad el rey Francisco II.
- ¿Mi hijo? gritó Catalina saltando sobre el lecho.
- Vuestro hijo, sí, señora.

Un disparo de arcabuz resonando inopinadamente en medio de la cámara no hubiera producido en el rostro de la reina madre una emoción más violenta ni una descomposición más rápida.

Se pasó la mano por los ojos como si la oscuridad de la cámara, alumbrada únicamente por una sola lámpara, la impidiera ver los objetos.

Después, fijando en M. de Joinville su mirada penetrante y aproximándose á él casi hasta tocarle, le dijo con un acento que de burlón se había convertido en terrible:

—Estoy bien despierta ¿no es verdad, *monsu* de Joinville? ¿He escuchado bien? ¿Es verdad que me habéis dicho que el héroe de esa aventura era mi hijo?

—Sí, señora.

—¿Lo repetís?

—Lo repito.

—¿Lo afirmáis?

—Lo juro.

Y el príncipe extendió la mano.

—Bien, *monsu* de Joinville, continuó Catalina con un aire sombrío, comprendo vuestra vacilación anterior, y hubiera comprendido también vuestro silencio. ¡Oh, la sangre sube á mi cabeza! ¿Es posible esto? ¿Mi hijo, que tiene una mujer tan joven y tan hermosa, escoge una querida que le duplica la edad? ¿Mi hijo pasándose á mis enemigos? ¡Por Dios vivo que eso es imposible! ¿Mi hijo el amante de la esposa de Coligny?

—Señora, dijo el príncipe de Joinville, ignoro cómo ese billete estaba en el bolsillo de aquella dama, pero lo que sí sé, por desgracia, es que no era ella quien se encontraba en la cámara.

—¿Cómo! exclamó Catalina. ¿Qué decís? ¿Qué no era ella?

—No, señora.

—Pues ¿quién era entonces?

—Señora...

—*Monsu* de Joinville, el nombre de esa dama, su nombre al instante.

—Dígnese Vuestra majestad excusarme.

—¿Excusaros? ¿Por qué?

—Porque yo soy el único á quien no hay derecho para exigir semejante revelación.

—¿Ni aun yo misma?

—Ni aun vos, señora. Además, vuestra curiosidad es muy fácil de satisfacer, y la primera persona de la corte á quien interroguéis...

—Pero para interrogar á esa primera persona tengo que esperar mañana y yo quiero saber el nombre ahora mismo. ¿Quién os dice que yo no pretenda poner remedio sin retraso alguno?

Y los ojos de Catalina brillaban al fijarse en el joven.

—Señora, dijo éste, buscad en toda la corte la única persona á quien yo no pueda nombrar, y nombradla vos. Yo no puedo hacerlo, es imposible.

Y el joven príncipe se cubrió el rostro con las manos tanto para ocultar su vergüenza como para disimular sus lágrimas.

Una idea parecida al resplandor del relámpago cruzó la mente de Catalina.

Arrojó un grito, y cogiendo y separando á la par las manos del joven, dijo:

—¿La señorita de Saint-André?

El príncipe no respondió, y desde el momento que no negaba, asentía.

Dejóse caer después sobre el taburete colocado cerca de la cama.

Catalina le miró un instante con una desdeñosa conmiseración.

Después, con una voz que se esforzó en hacer lo más cariñosa posible, dijo:

—¡Pobre niño! os compadezco con todo mi corazón porque parece que amabais á esa pérfida. Aproxímaos, dadme vuestra mano y depositad vuestras penas en el corazón de vuestra buena madre Catalina. Ahora comprendo por qué os callabais, y estoy arrepentida por haber insistido tanto. Perdonadme, hijo mío, y una vez que conozco el mal ya veremos de ponerle remedio. Otras muchas jóvenes hay en nuestra corte para sustituir á la señorita de Saint-André, y si no encontramos una tan noble y tan hermosa en París, ya la pediremos á la corte de España ó á la de Italia. Serenos, y hablemos seriamente si es posible.

Pero M. de Joinville, en vez de responder á este discurso, que indudablemente tenía dos objetos, uno visible y otro oculto, el de consolar y el de sondear su valor, M. de Join-

ville, repetimos, cayó de rodillas ante el lecho de la reina y escondió el rostro sollozando entre las ropas de la cama.

—Perdóneme Vuestra majestad, dijo, y gracias por vuestra solicitud; pero en estos momentos necesito fuerza únicamente para soportar mi vergüenza y sentir mi dolor. Por lo mismo suplico á Vuestra majestad me conceda su permiso para retirarme.

La reina madre fijó en aquel joven doblegado por su infortunio una mirada de profundo desdén.

—Id, hijo mío, le dijo tendiéndole su mano, que aquél besó vivamente. Idos, y venid mañana para que hablemos. Entretanto, buenas noches, y que Dios os guarde.

M. de Joinville aceptó el permiso que se le daba y salió precipitadamente del aposento.

Catalina le siguió con la vista hasta que desapareció tras de la tapicería, y fija en ésta permaneció su mirada hasta que cesó el movimiento que le había impreso el paso del príncipe.

Entonces sacudió la almohada, y dijo con voz sorda y brillando en su mirada un fuego sombrío:

—Desde hoy tengo un rival y desde mañana habré perdido todo poder sobre mi hijo si no pongo orden en esto.

Y después de un instante de meditación, una sonrisa de triunfo vagó por sus labios, añadiendo:

—Ya se ve que lo pondré todo en orden.



Mientras que el cardenal de Lorena se hacía desnudar por su ayuda de cámara, y Roberto Stuart entraba en casa de su amigo Patrick, y el príncipe de Condé llegaba á su palacio rabiando y riendo á la vez, y la esposa del almirante seguía buscando por todas partes el maldecido billete, y el rey interrogaba á la Lanoue para saber cómo pudo ser conocida su cita, y el mariscal de Saint-André no sabía si agradecer á Dios ó acusar al destino por lo que sucedía, mientras que su hija soñaba que adornaba su cuello y sus brazos con las joyas de madame d'Etampes y de la duquesa de Valentinois y su cabeza con la corona de María Stuart, veamos lo que hacían los jóvenes príncipes de Montpensier y de La Roche-sur-Yon.

Los dos jóvenes, alegres y aturdidos, testigos de un espectáculo que habían encontrado encantador, se vieron obligados á contenerse delante de las tres graves figuras monsieur de Guisa, el mariscal de Saint-André y el cardenal de Lorena.

Además, dando á sus semblantes el aire de las circunstancias, expresaron á los tres personajes citados el profundo disgusto que les causara el que ellos estaban experimentando.

Pero después, aprovechando el primer ángulo del corredor que les permitió eclipsarse, permanecieron silenciosos en la sombra hasta que todos se fueron alejando.

Una vez solos, y bien solos, soltaron la carcajada tanto tiempo comprimida, en términos que los vidrios del Louvre se estremecieron del mismo modo que si pasara un pesado carromato.

Arrimados á la pared, uno frente á otro, las manos puestas en los costados, la cabeza echada hacia atrás, se agitaban y movían en tales convulsiones, que se les hubiera tomado por dos epilépticos, ó, como entonces se decía, por dos *poseídos*.

—¡Ay! querido duque, decía La Roche sur-Yon, suspirando el primero.

—¡Ay! querido príncipe, respondió el otro con visible esfuerzo.

—¡Y pensar... pensar que hay gentes... que hay gentes que pretenden que uno no se ría... en este... en este pobre París!

—Esas... esas gentes no... no saben... no saben lo que... lo que dicen.

—¡Ah! yo no puedo más, con tanto reír.

—¿Habéis visto la figura de Joinville?

—¿Y la del mariscal?

—Yo no siento más que una cosa, duque, dijo el príncipe de la Roche, calmándose algún tanto.

—Pues yo siento dos, respondió el de Montpensier, recordándose igualmente.

—Yo siento no haber estado en lugar del rey.

—Y yo no haber estado en lugar del rey y no haber sido visto por todo París.

—¡Oh! en cuanto á eso, no temas nada. Mañana lo sabrá todo París.

—Si vos me acompañáis, lo sabrá más pronto: esta misma noche.

—¿De qué modo?

—Bien sencillamente.

—Explicaos.

—¡Tomal pues diciéndolo casa por casa.

—Sí, pero ahora París está durmiendo.

—París no debe dormir cuando su rey vela.

—Tenéis razón, y yo respondo que Su majestad no ha cerrado los ojos.

—Entonces, vamos á despertar á todo París.

—¡Valiente locura!

—¿Rechusáis?

—No. Si os digo que es una locura, ¿no he de querer participar de ella?

—Pues entonces, en marcha.

—Vamos; yo quisiera que toda la ciudad supiera ya una parte de la historia.

Y los dos jóvenes descendieron la escalera del Louvre como Hipómene y Atalanta, disputándose el premio de la carrera.

Hiciéronse reconocer por Dandelot, á quien se guardaron muy bien de decir nada, tanto por el papel que su cuñada había jugado en todo aquello, como de miedo porque se opusiera á su salida.

Dandelot reconoció su identidad como había hecho con el príncipe de Condé, y les hizo abrir la puerta.

Los dos jóvenes, riendo y gesticulando, se lanzaron fuera del palacio y se encontraron bien pronto á orilla del río, donde una brisa bastante helada les azotaba el rostro.

Entonces, bajo el pretexto de calentarse, cogieron piedras que empezaron á tirar á los cristales de las casas vecinas.

Llevaban ya unas cuantas ventanas rotas y trataban de continuar su diversión, cuando dos hombres, envueltos en sus capas, que les vieron correr, les cortaron el paso ordenándoles que se detuvieran.

—¿Y con qué derecho nos ordenáis que nos detengamos? dijo el duque de Montpensier adelantándose á uno de ellos, seguid vuestro camino y dejad á dos nobles caballeros que se diviertan como mejor les plazca.

—Perdonad, monseñor, si no os había reconocido, dijo aquel á quien se había dirigido el duque. Yo soy M. de Chavigny, comandante de los cien arqueros de la guardia, y voy al Louvre en compañía de M. de Carvoysin, primer escudero de Su majestad.

—Buenas noches, M. de Chavigny, dijo el príncipe de La Roche, dirigiéndose al comandante de los cien arqueros y tendiéndole la mano, mientras que el duque de Montpensier respondía cortesmente á los homenajes del primer escudero. ¿Decis que vais á entrar en el Louvre?

—Sí, príncipe.

—De allí salimos nosotros.

—¡A esta hora!

—Observad, M. de Chavigny, que si la hora es buena para entrar, debe serlo igualmente para salir.

—Ya podéis creer, príncipe, que tratándose de vos no pretendo discutir sobre ese particular.

—Pues mirad, nosotros tenemos muchas cosas y muy interesantes que deciros.

—¿A propósito del servicio del rey? dijo M. de Carvoysin.

—Justamente, á propósito del servicio del rey. Vos lo habéis descubierto, dijo rompiendo á reir el príncipe de la Roche.

—¿De veras? dijo Chavigny.

—Os lo juro.

—¿De qué se trata, señores?

—Se trata del grande honor que Su majestad acaba de hacer á uno de sus más ilustres capitanes.

—Y á mi hermano de Joinville, añadió el duque de Montpensier con el aturdimiento propio de su edad.

—¿De qué honor habláis, príncipe?

—¿Cuál es ese ilustre capitán, duque?

—Señores, es el mariscal de Saint-André.

—¿Y qué honores puede todavía añadir Su majestad á los que tiene M. de Saint-André? Mariscal de Francia, primer gentilhombre de cámara, gran cordón de San Miguel, caballero de la Jarretiera. Hay que confesar que hay personas muy dichosas.

—Eso es según.

—¿Cómo según?

—Es un honor que no os agradaría á vos, M. de Chavigny, que tenéis una esposa linda y joven, ni á vos, monsieur de Carvoysin, que tenéis una hija tan joven como hermosa.

—¿Qué decís? exclamó Chavigny, que empezaba á comprender.

—La verdad, querido, dijo el príncipe.

—Pero ¿estáis bien seguro de lo que decís? preguntó M. de Chavigny.

—¡Ya lo creo!

—¿Sabéis que es muy grave lo que acabáis de decir? replicó M. de Carvoysin.

—Yo creo, por el contrario, que es terriblemente cómico.

—Pero ¿quién os ha dicho?...

—Nadie, nosotros lo hemos visto.

—¿Dónde?

—Lo he visto yo, y conmigo M. de La Roche-sur-Yon, M. de Saint-André, mi hermano de Joinville, que, entre paréntesis, debe haber visto mejor que los demás, porque llevaba un candelabro... ¿de cuántos brazos, príncipe?

—De cinco, contestó aquél, soltando la carcajada.

—La alianza de Su majestad con el mariscal ya no es dudosa, añadió gravemente el duque, y á partir de este momento ya pueden prepararse los herejes. Por esta razón vamos á entretener á los verdaderos católicos de Paris.

—¿Pero es posible? dijeron al mismo tiempo los dos caballeros.

—Como tengo el honor de decíroslo, respondió el príncipe; la noticia es fresca, apenas tiene una hora; de suerte que creemos daros una prueba de afecto al comunicárosla, bien entendido que es á condición de que la haréis circular y que daréis parte á todos los que encontréis.

—Y como á esta hora se encuentran pocos amigos, á menos de una casualidad como la que nos ha permitido encontraros, os invitamos á seguir nuestro ejemplo, á hacer que se os abran las puertas cerradas y que se levanten vuestros amigos, diciéndoles y recomendándoles el secreto, como hacía el barbero del rey Midas á los rosales: «El rey Francisco II es el amante de la señorita de Saint-André».

—Os aseguro, señores, repuso el primer escudero, que vais á quedar complacidos. Precisamente yo no puedo sufrir al mariscal, y voy á despertar á un amigo que vive cerca de aquí, á quien estoy seguro que la noticia le ha de agradar.

—Y vos, M. de Chavigny, dijo el príncipe de La Roche, creo que seguiréis el ejemplo de M. de Carvoysin. ¿No es cierto?

—¡Ya lo creo! repuso el interpelado. En vez de ir al Louvre, vuelvo á mi casa, refiero á mi esposa lo que ocurre, mañana á las nueve lo sabrán cuatro amigas tuyas, y una hora después, como trompetas de la fama, las cuatro se extenderán por los cuatro puntos cardinales esparciendo la nueva.

Despidiéronse unos de otros, y los dos jóvenes se dirigieron por la orilla del río hasta la calle de la Moneda, mientras sus otros dos amigos iban á cumplir lo prometido.

Una vez en la calle citada, el príncipe de La Roche reparó

en una muestra agitada por el viento, encima de la cual se veía la ventana de la casa iluminada por la parte interior.

—Mirad, dijo al duque, ahí tenéis una vidriera burguesa iluminada á las tres y media de la mañana. O se trata de un burgués que se casa ó de un poeta que hace versos.

—Tenéis razón, y yo estaba invitado para la boda. Se trata del señor Baltasar. Y por cierto que la esposa es muy guapa. Quisiera poderosla enseñar, aunque no es hija de un mariscal de Francia. Pero veréis á su marido.

—¡Querido, por Dios, hacer salir al pobre hombre á la ventana en noche de bodas para que se constipe!

—Si lo está siempre. Hace diez años que le conozco y siempre está constipado. Además, es bañero al mismo tiempo que hostelero. El contará la historia á todo el mundo, no tengáis cuidado.

Los jóvenes, como dos estudiantes, cogieron nuevas piedras, se llenaron los bolsillos y lanzaron algunas á los vidrios de la ventana iluminada.

Abrióse inmediatamente la ventana, y un hombre con el gorro de dormir y una luz en la mano, pretendió gritar:

—¡Ladrones!

—¿Qué ha dicho? preguntó el duque.

—¿Os habéis convencido? Es menester estar acostumbrado para entenderle. No os alborotéis, Baltasar, prosiguió dirigiéndose á la ventana; soy yo.

—¿Vos? ¿Vuestra alteza? Perdonadme. Ya podéis romper los cristales.

—¡Pero, Dios mío! dijo el duque riendo, ¿qué demonio de lengua habla ese hombre, príncipe?

—Los que le conocen, dicen que es una mezcla de iraqués y hotentote. Pero, después de todo, nos ha dicho que tenemos el derecho de romper sus vidrios.

—¡Ah! pues entonces es necesario hacerle un cumplimiento; y dirigiéndose á Baltasar, prosiguió: amigo mío, en la corte se tenía noticia de que os casabais esta noche con una mujer muy linda, y hemos salido del Louvre para venir á daros la enhorabuena.

—Y para añadir, querido Baltasar, que cuando hace frío se apetecen mucho más los beneficios que proporciona el matrimonio.

—Mientras que en la corte de Su majestad sucede todo

lo contrario; hace demasiado calor, por más que éste pueda ser beneficioso al mariscal de Saint-André.

—No os comprendo.

—No importa, repetidlo como os lo decimos, querido Baltasar; otros lo comprenderán y sabrán lo que quiere decir. Saludad á la señora.

Y los dos jóvenes se alejaron riendo, mientras el dueño de la hostería de la *Vaca negra* cerraba la ventana, aun cuando no podía reponer los vidrios rotos.



Bethisy, percibie-
hoque de espadas

ancia, se detuvie-

ce? decía una voz

otra con acento
calle gentes hon-

menos firme que la

camente la segun-

e vuestra bolsa y

eso, no la obten-

ureis.

—Haréis mal en impedirlo, porque sois dos contra once.

—¡Paso! gritó la voz primera, cada vez más amenazadora.

—Parecéis extranjero, repuso el que parecía jefe de la banda, y nosotros somos ladrones civilizados. Pertenece-
mos á los *Tira-seda* y no á los *Tira-lana*, y sabemos lo que se

TIRA-SEDA

calle de Bethisy, percibiendo
 pligny, choque de espadas

corta distancia, se detuvieron
 cucharon.

¿Un parece? decía una voz

respondía otra con acento
 ar en la calle gentes hon-

a voz, menos firme que la

primera.

—Así lo traen los tiempos, dijo filosóficamente la segunda voz.

—Pero ¿queréis asesinarlos?

—No tal, caballero; desembarazaros de vuestra bolsa y nada más.

—Mi bolsa está vacía, pero á pesar de eso, no la obtendréis.

—Haréis mal en impedirlo, porque sois dos contra once.

—¡Paso! gritó la voz primera, cada vez más amenazadora.

—Parecéis extranjero, repuso el que parecía jefe de la banda, y nosotros somos ladrones civilizados. Perteneceemos á los *Tira-seda* y no á los *Tira-lana*, y sabemos lo que se

Corregir Etiqueta y
boleto ↓
PA2227 Control

.467

S6

RA-SEDA

lle de Bethisy, percibie-
gny, choque de espadas

ta distancia, se detuvie-
haron.

parece? decía una voz

pondía otra con acento
en la calle gentes hon-

voz, menos firme que la

ilosóficamente la segun-

da voz.

—Pero ¿queréis asesinarlos?

—No tal, caballero; desembarazaros de vuestra bolsa y nada más.

—Mi bolsa está vacía, pero á pesar de eso, no la obtendréis.

—Haréis mal en impedirlo, porque sois dos contra once.

—¡Paso! gritó la voz primera, cada vez más amenazadora.

—Parecís extranjero, repuso el que parecía jefe de la banda, y nosotros somos ladrones civilizados. Pertenece-
mos á los *Tira-seda* y no á los *Tira-lana*, y sabemos lo que se

XVI

«TIRA-LANA» Y «TIRA-SEDA»

Los dos jóvenes al llegar á la calle de Bethisy, percibieron, por el lado del palacio de Coligny, choque de espadas y rumor de voces.

Como la escena tenia lugar á corta distancia, se detuvieron ocultos entre la sombra y escucharon.

—¿Conque sois ladrones según parece? decía una voz amenazadora.

—Sin duda que á esta hora, respondía otra con acento descarado, pretenderíais encontrar en la calle gentes honradas.

—¡Bribones! decía una tercera voz, menos firme que la primera.

—Así lo traen los tiempos, dijo filosóficamente la segunda voz.

—Pero ¿queréis asesinarlos?

—No tal, caballero; desembarazaros de vuestra bolsa y nada más.

—Mi bolsa está vacía, pero á pesar de eso, no la obtendréis.

—Haréis mal en impedirlo, porque sois dos contra once.

—¡Paso! gritó la voz primera, cada vez más amenazadora.

—Parecéis extranjero, repuso el que parecía jefe de la banda, y nosotros somos ladrones civilizados. Perteneceemos á los *Tira-seda* y no á los *Tira-lana*, y sabemos lo que se

merece una persona como vos. Dadnos vuestra bolsa y os devolveremos un escudo, á fin de que no os quedéis sin dinero. Una persona como vos tendrá amigos en París, y mañana encontraréis con qué salir del apuro.

—¡Paso! volví á decir la misma voz. Podréis matarme, pero robarme no.

—No es lógico lo que decís, caballero, porque si os matamos, seremos dueños de vuestro bolsillo.

—¡Atrás, canallas! ó sabréis lo que son dos buenas espadas y dos buenas dagas.

—Y además, el buen derecho. Pero ¿de qué sirve éste, si el malo es el fuerte?

—Pues entretanto, parad ésta.

Y el caballero dirigió una estocada al jefe de la banda, que pudo evitarla dando un salto atrás, aun cuando sacando el jubón agujereado.

Entonces comenzó el choque de espadas que percibieron los dos amigos. A lá par que luchaba, uno de los dos hombres atacados pedía socorro, mientras su compañero, comprendiendo la inutilidad de aquella demanda, porque en todo tiempo los verdaderos encargados de prestarla han brillado por su ausencia cuando más falta hacían, luchaba silenciosamente, convencido de que los agentes de M. de Mouchy no acudirían en su ayuda.

Las blasfemias lanzadas por los bandidos demostraban que sus adversarios pegaban de firme.

Oportuno es consignar aquí que los agentes de M. de Mouchy, si el negocio valía la pena, se habían unido más de una vez á los *Tira-seda* ó ladrones señores, porque no atacaban sino á las personas de calidad, ó bien á los *Tira-lana*, ladrones de la última clase que se contentaban con desbalijar á los menestrales ó gentes de la clase media.

Además de las dos categorías que acabamos de citar, había también los *Malos jóvenes*, sociedad de bravos, divididos en secciones, para asesinar á los que estorbaban á quienes les pagaban, y como no trabajaban sino para los nobles y ricos señores, no parecían sospechosos á M. de Mouchy y á sus agentes.

Había, además, los *Guilleris*, los *Plumets* y los *Grisons*, que correspondían á nuestros *atracadores*, *espadistas* ó *reventadores*; pero tampoco excitaban las sospechas de los agentes de policía, por todo lo cual, ningún caballero se

aventuraba de noche por las calles de París sin ir bien armado y acompañado de un buen número de criados.

Por esto sin duda el jefe de los *Tira-seda* reconoció en el hombre de la voz amenazadora algún caballero recién llegado de provincias.

Después de lo que hemos dicho respecto á las costumbres de los agentes de policía, se comprenderá que las voces del criado no fueran escuchadas.

Sin embargo, un joven que salía del palacio de Coligny lo oyó, comprendió de lo que se trataba, arrolló la capa sobre el brazo izquierdo, y, espada en mano, echó á correr, gritando:

—¡Tened firme, caballero! Pedís ayuda y voy á dároslo.

—No soy yo quien la pide, respondió el gentilhomme sin cesar de combatir, sino este gallina de La Briche, que por cinco ó seis ascinos se cree con derecho para distraer á un caballero y despertar todo un cuartel.

—No somos asesinos, caballero, respondió el jefe de la banda, sino ladrones de buena sociedad, como podéis convenceros viendo cómo os atacamos. Dadnos graciosamente lo que pedimos y...

—No tendréis nada.

—¡Atrás, bandidos miserables! gritó el joven, mezclándose en la pelea.

Y uno de los *Tira-seda* lanzó un grito, que probaba la eficacia del refuerzo.

—Vamos, dijo el jefe de la banda; pues así lo queréis, vamos á concluir.

Y en la sombra, el informe grupo cobró mayor animación, los gritos fueron más agudos y el choque de las espadas y puñales más violento. La Briche seguía gritando, y sus voces dieron el resultado que lógicamente podía esperarse.

—No podemos dejar que esos tres hombres sean asesinados, dijo el príncipe de La Roche-sur-Yon, echando mano á la espada.

—Decís bien, repuso el duque, y me avergüenzo de no haberlo pensado antes.

Y los dos jóvenes echaron á correr hacia el lugar del combate, gritando:

—¡Tened firme, señores! ¡allá vamos! ¡Á muerte! ¡á muerte!

Los *Tira-seda*, obligados á hacer frente á tres hombres,

tuvieron que subdividir sus fuerzas, disminuídas ya en dos individuos que habían caído, á fin de recibir dignamente á los recién llegados.

—¡Á muerte pues, mis caballeros, ya que así lo queréis! dijo el jefe de la banda.

—Pues á muerte, añadió el que había salido del palacio de Coligny. ¡Á muerte!

Y tendiéndose, atravesó con su espada el cuerpo de uno de los bandidos.

—¡Magnífico golpe, caballero! voy á ofrecer os su semejante, dijo el primer atacado.

Y tendiéndose á su vez, metió hasta la empuñadura su espada en el vientre de uno de aquellos miserables, al mismo tiempo que el puñal del duque de Montpensier atravesaba la garganta de otro.

En aquel momento los bandidos ya no eran más que seis contra cinco; pero de repente se abrió la puerta del palacio del almirante, y éste, seguido de sus gentes y con la espada en la mano, gritó:

—¡Hola, tunantes! ¿qué es esto? Desembarazad la calle si no queréis que os cuelgue á todos en la puerta de mi casa. Y volviéndose á los criados, añadió:

—¡Vamos, hijos, á esos bribones!

Y dando el ejemplo se lanzó al campo de batalla.

—¡Sálvese quien pueda! dijo el jefe. ¡Es el príncipe de Condé!

Y haciendo un rápido movimiento, echó á correr con el brazo atravesado también, dejando cuatro compañeros en tierra y el quinto apoyado contra la pared.

Los caballeros no tenían más que algunos arañazos ó heridas poco graves.

El caballero socorrido, al saber que era el príncipe de Condé quien le socorrió primero, se dirigió hacia él y le dijo, inclinándose respetuosamente:

—Monseñor, dos favores debo á la Providencia. El primero por haberme salvado, y el segundo por haber elegido como instrumento de mi salvación, sin que se ofendan estos señores, al más valiente caballero de Francia.

—Me alegro mucho, repuso el príncipe, que la casualidad me haya traído esta noche á casa de mi primo el almirante para haber podido seros útil, y en gracia de lo poco que hice por vos, desearía conocer vuestro nombre.

—Monseñor, me llamo Godofredo de Barri.

—¡Ah! interrumpió Condé, barón de Perigord y señor de la Renaudie.

—Uno de mis buenos amigos, dijo el almirante tendiendo una mano al príncipe y otra á la Renaudie. Pero, si no me engaño, prosiguió, tiempo hacía que no se había reunido en la calle tan buena compañía, el señor duque de Montpensier y el señor príncipe de La Roche-sur-Yon.

—Vuestros servidores, señor almirante, dijo el príncipe, recibiendo, como su compañero, los saludos de M. de la Renaudie.

—Señores, dijo el almirante, la puerta del palacio de Coligny está abierta, con lo cual quiero deciros que tendré á mucha honra recibir os en él.

—Gracias, primo, dijo Condé, ya sabéis que hace diez minutos le abandoné para dirigirme á mi casa, sin pensar que habría de tener el placer de encontrar á vuestra puerta una persona con quien me habíais prometido hacer conocimiento. Un valiente caballero á quien he visto trabajar, querido primo, y que lo hace maravillosamente, continuó el príncipe. ¿Hace mucho tiempo que estáis en París, M. de Barri?

—Acabo de llegar, monseñor, respondió la Renaudie con acento melancólico, y no esperaba causar la muerte de un hombre y deber la vida á un gran príncipe.

—Señor barón, dijo el príncipe tendiendo su mano al caballero, tendré un verdadero placer en volver á veros, porque los amigos del señor almirante le son del príncipe de Condé.

—Bravo, querido príncipe, dijo Coligny con acento intencionado. Y volviéndose á los dos jóvenes, prosiguió: Y vosotros, señores, ¿no me haréis el honor de entrar en mi casa? Antes de ser enemigo de vuestro padre, señor de Montpensier, éramos buenos y leales compañeros. Los tiempos podrán haber cambiado, pero no los corazones.

—Gracias, señor almirante, dijo el duque respondiendo por él y su compañero; con verdadero placer aceptaríamos vuestra hospitalidad, aunque no fuese más que un instante, pero está muy lejos de aquí el palacio de Condé; hay que cruzar puentes y atravesar sitios peligrosos, y vamos á pedir al príncipe el favor de acompañarle.

—Id, caballeros, y que Dios os guarde, y no aconsejaría

á todos los *Tira-seda* ó *Tira-lana* de París, que salieran al encuentro de tres espadas como las vuestras.

Esta conversación tenía lugar en el mismo sitio del combate, sin que ninguno de los vencedores dirigiese una mirada á los cinco desgraciados que estaban en el suelo, de los cuales dos respiraban todavía.

El príncipe de Condé, seguido de los dos jóvenes, se separó del almirante y de la Renaudie, y una vez solos éstos, dijo el primero tendiendo su mano al segundo:

—Venfais á mi casa, ¿no es verdad?

—Sí; llevo de Génova y tengo que daros importantes noticias.

—Entrad. Cualquier hora del día ó de la noche mi casa es la vuestra.

Durante este tiempo, los dos jóvenes que acompañaban al príncipe, no para servirle de escolta, sino para contarle la aventura del rey con la señorita de Saint-André, iban refiriendo, sin omitir detalle, un suceso que nadie mejor que él conocía y que precisamente se lo acababa de referir al almirante.

Para éste era nuevo por completo, porque su esposa, al llegar de palacio, se encerró en su habitación sin hablar de la pérdida del billete, causa primera de todo aquel escándalo; de modo que aun cuando él hubiese sido instruido por el príncipe del resto, le quedaba por saber lo mismo que á Condé: la causa primordial de aquella inopinada irrupción en la sala de las Metamorfosis.

Así fué que aquel secreto se lo revelaron los dos jóvenes príncipes.

Á la terminación de su relato habían llegado á la puerta del palacio, donde su propietario les invitó para que descansaran, excusándose aquéllos de hacerlo porque, según dijeron, habían perdido algún tiempo con la cuestión de las estocadas de los bandidos, y tenían que ver todavía gran número de amigos para participarles lo que había pasado.

—Lo que más me preocupa en esta aventura, dijo el príncipe de La Roche, estrechando por última vez la mano de Condé, es la cara que pondrá el pretendiente que tenía la señorita de Saint-André cuando sepa la noticia.

—Pues qué, ¿tenía un pretendiente? dijo el príncipe.

—¿De modo que vos no lo sabéis? ¿Vos no sabéis que la

señorita de Saint-André, además de tener un prometido esposo y un amante, tenía también un pretendiente?

—No sabía nada, repuso el príncipe sonriendo. ¿Quién es ese pretendiente?

—Ahora me preguntáis demasiado, porque no sé su nombre. Siempre va envuelto en su capa y no se sabe si es joven ó viejo.

—Será algún español de la corte del rey Felipe II.

—¿Y dónde aparece ese enamorado, ó mejor dicho, esa sombra?

—Si frecuentaseis más el Louvre, querido príncipe, no lo preguntaríais, porque hace algunos meses que en cuanto anochece se pasea bajo las ventanas de la hermosa.

—¿Y no sabéis el nombre de ese caballero, ni le habéis visto el rostro?

—Ya os hemos dicho que va siempre envuelto en su capa.

—¿Y no sospecháis quién sea? ¿No supusisteis nada?

—Absolutamente nada.

—Se ha hecho alguna conjetura, dijo el príncipe de La Roche.

—¿Cuál?

—Se dijo que erais vos, continuó el duque de Montpensier.

—¡Tengo tantos enemigos en el Louvre!

—Pero eso no es cierto, por ningún estilo.

—Os pido perdón, señores, dijo el príncipe. Ese pretendiente era yo.

Y saludando á los dos jóvenes, entró en su casa, dejando á los dos amigos estupefactos en medio de la calle.